

EL DOCTOR CLAUDIO DELGADO

por el

Doctor ANTONIO PRIETO LORENZO

Del Laboratorio Central de Investigaciones Clínicas de la Facultad de Medicina de Madrid.
De la Sección de Parasitología Tropical del Instituto.
Diplomado de Sanidad.
Madrid.

¿Quién fué el doctor CLAUDIO DELGADO? Tal vez te extrañe, lector, que dé comienzo a este trabajo inquiriendo; pero la realidad nos dice, desdichadamente, que cuántos se la harán mentalmente al leer su glorioso nombre. La falta de información acerca de su vida, de su excelsa obra; la coincidencia de la desaparición de nuestro suelo de aquel proceso terrible (fiebre amarilla) que ensombreció tanto la felicidad de nuestros hogares en las últimas décadas del pasado siglo; el exterminio del luctuoso manto que acogía en sus tinieblas al sinfín de españoles que allende los mares se lanzaban, quijotescaamente, en busca de un mundo mejor, y, por último, el olvido consciente, premeditado e injusto, fueron las causas fundamentales que relegaron su egregia personalidad al silencio. Más recientemente, se ha empezado a reivindicar la señera figura de este prócer de la ciencia hispana, que, al desaparecer de este mundo terreno, dejó en pos de sí un rastro luminoso, que solamente empañó la pasión; pero, una vez serenada ésta, su destello vuelve a brillar con la misma intensidad que en la época de sus más resonantes triunfos. Esta cruzada reivindicadora ha tenido su origen en las declaraciones públicas, con matiz solemne, equitativo y justo, del excelentísimo señor doctor SALADRIGAS, ministro de Salubridad y Asistencia Social del actual Gobierno del general Batista, en la maravillosa «perla de las Antillas», las cuales tuvieron su correspondiente eco en la personalidad gloriosa de nuestro invicto Caudillo, generalísimo Franco, fiel conocedor de nuestros valores patrios, por lo que merece el aplauso sincero de la clase médica española, que debe responder a su ejemplo con todo entusiasmo para lograr la exaltación fervorosa de nuestro ilustre compatriota, como homenaje póstumo que rinde España a la sempiterna memoria de uno de sus más preclaros hijos.

No es nuestro propósito en este trabajo dar a conocer al lector un estudio biográfico completo del doctor DELGADO (en nuestro libro, próximo a ver la luz, *Vida y obra del doctor Claudio Delgado. Reparación de una injusticia*, encontrará escrita con todo detalle su vida), sino tan sólo preparar su ánimo e ilustrarle con una visión panorámica acerca de las distintas actividades por las que mereció su celebridad y por las que, en los actuales momentos, se le dedica el más encendido y caluroso encomio.

Nació RAMÓN CLAUDIO DELGADO Y AMESTOY en la paradisíaca ciudad de San Sebastián (Guipúzcoa) el 8 de noviembre de 1843. La humildad de su cuna le evidenció la profesión que, a la sazón, desempeñaba su padre, don Manuel Delgado, organista en la iglesia parroquial de Santa María la Matriz, de aquella capital, en la que, por cierto, se llevó a cabo su bautizo el día 9 del mismo mes y año, recibiendo de manos del párroco de aquella, don Joaquín Santiago Larreandi; siendo sus padrinos don Pedro Zabaleta, maestro de violín, y doña Claudia Echeagaray, dama de nobles sentimientos, muy querida de la sociedad donostiarra, y hermana de nuestro preclaro compatriota don José.

Triste infancia le deparó el destino a este ilustre guipuzcoano por la temprana pérdida de sus pa-

dres, de los que guardaba «muy leve recuerdo», pasando al amparo y protección de un tío suyo, cuya vida también fué muy corta. Las reiteradas desgracias que le afligieron en plena niñez sirvieron de alabonazo al generoso corazón de doña Claudia, que pronto se aprestó a recibirle en su casa, cuidando con esmero de su educación. Por intermedio de ésta, aprendió muy pronto el francés, la pintura y teneduría de libros, cuidando su madrina de cultivar, de modo proferente, el temperamento artístico musical, que por llevarlo en su sangre mostraba con singular aptitud, siendo el violín su instrumento favorito.

A los catorce años (1857) su inquietud le obliga a emprender el éxodo hacia la isla de Cuba, lo que realizó a bordo del velero *Almirante* en el mes de diciembre de aquel año, constituyendo su estímulo principal el de todos los emigrantes: la búsqueda de mejor fortuna. Una vez que pisó las maravillosas playas antillanas, dirigióse a la ciudad de Cienfuegos, en donde se colocó como tenedor de libros en casa de Díaz Blanco, negociante de maderas, al que enseñó teneduría de libros y contabilidad, y con el que sostuvo tan estrechísima amistad, que no logró desbaratar ni la muerte. Durante siete años permaneció en esta casa de comercio cienfueguera, y tal vez en ella vislumbrase que su porvenir estaba en la Medicina, por la que sentía extraordinaria y sugestiva admiración. Su despierta inteligencia al servicio de una voluntad férrea, firmísima, le llevaron a poner en práctica sus aspiraciones, lo que logró con el tiempo a base de una serie ininterrumpida de éxitos.

Comenzó sus estudios de bachillerato en el año 1864 en el Real Colegio Seminario de San Carlos, ingresando en el Instituto de segunda enseñanza de La Habana el 28 de septiembre de 1866, siéndole otorgado el título con calificación de sobresaliente con fecha 22 de junio de 1868.

En este mismo año empieza sus estudios universitarios, que finalizan con la investidura del grado de licenciado en Medicina y Cirugía el 18 de octubre de 1874. De la brillantez con que cursó la carrera da prueba elocuente la certificación de estudios que nos brinda un balance de veintidós sobresalientes, con tres premios ordinarios, entre las veinticuatro disciplinas que la componían haciendo la salvedad de que dos de éstas se aprobaban por simple asistencia.

En el año 1879 se matriculó del doctorado de Medicina, en el que obtuvo idéntica calificación.

Por conducto de su hijo Abelardo tenemos el conocimiento de que todos los gastos que llevó implícito el hacerse médico fueron sufragados por él mismo, ora con sus ahorros, conseguidos tras ímprobos esfuerzos ya con la venta de sus producciones pictóricas, para cuyo arte estaba dotado excepcionalmente.

Su señalado espíritu aventurero tuvo su elocuente demostración en varias ocasiones, por participar de aquellas cualidades tan heroicas y sublimes que hicieron de España la cuna de los grandes conquistadores. Un ejemplo muy demostrativo de lo que antecede lo tenemos en el hecho de que, en plena juventud, inició un viaje alrededor del mundo, que circunstancias imprevistas le obligaron a abandonar, pero cuyo vivo recuerdo le sirvió de lenitivo en los

días más aciagos de su existencia. En el ambiente familiar fué un hombre jovial, alegre y extremadamente sencillo, pero con esa humildad cervantina base y fundamento de todas las virtudes. En el día 18 de diciembre de 1891 contrajo matrimonio con doña Dolores Alonso y Herrera, natural de La Habana, de noble familia, exquisita educación musical y acrisolada virtud. De este matrimonio, plétórico de felicidad, nació su único hijo, Abelardo, nuestro buen y querido amigo, que hoy en día es miembro distinguido del Foro habanero.

Considerado en su aspecto físico, fué DELGADO hombre de pequeña talla, complexión robusta, calvicie prematura y ojos escrutadores, fiel reflejo de su preclara inteligencia y bondad de carácter. Por su vasta cultura y fino ingenio, atraía con frenesí la admiración de cuantos le escuchaban, y más todavía por su exquisito temperamento artístico, que le hizo asiduo concurrente de las veladas musicales celebradas en casa del doctor BELOT, pianista prodigioso, y a las que asistían, juntamente, sus grandes amigos los doctores SERAFÍN GALLARDO y CARLOS FINLAY y los ricos industriales don Diego González y don Antonio Díaz Blanco.

Como médico, gozó de gran reputación por su conocimiento profundo de la fiebre amarilla y por su dominio de la clínica tropical en la más amplia acepción de esta palabra, disponiendo de una clientela envidiable por lo selecta.

Era don CLAUDIO, como familiarmente se le llamaba, el modelo de médico respetable, pulcro y de corrección británica en su indumentaria, de la cual era genuina expresión la levita inglesa y la bomba; mesurado en su conversación, de urbanidad y afeblidad encantadora, que hacían de la suya una poderosa personalidad. Ese tipo de médico de cubana estirpe, reflejo del *vir bonus* latino, caballeroso, culto, de moral impecable, el hombre en quien se deposita una confianza absoluta, oráculo de las familias, el amigo de todos los momentos, cuyas más íntimas cuestiones y hasta intereses se sometían a su juicio, que era la figura central; en los grandes actos sociales, ponderado y sereno, colocado siempre por encima de toda suspicacia (PICAZA), así fué el doctor DELGADO.

Su obra científica alcanzó un valor extraordinario, magnífico en todos sus matices, razón que justifica sobradamente el enaltecimiento de su memoria. Por sus grandes conquistas en el orden científico, hizo honor a la etapa más gloriosa de la ciencia antillana, en la que brillaron como estrellas de primera magnitud los nombres de FINLAY, su figura cumbre; SANTOS FERNÁNDEZ, TAMAYO, CASUSO y tantos otros, que hicieron de la Medicina cubana una de las más prestigiosas del mundo por aquel entonces.

En un trabajo como éste, de exclusivo carácter informativo, no vamos a hacer un estudio minucioso de su obra científica, limitándonos exclusivamente a resaltar, al correr de la pluma, sus facetas más interesantes.

CLAUDIO DELGADO fué el primero en llevar a la práctica la transfusión de sangre en la isla de Cuba y cultivar la ciencia hematológica.

Los estudios bacteriológicos surgieron en su mente con inusitada inquietud, no vacilando en seguir los procedimientos de PASTEUR y de KOCH, en los que alcanzó insuperable destreza. Sus investigaciones más meritorias, y a las que consagró gran parte de su vida, giraron en torno a la etiología y epidemiología de la fiebre amarilla en colaboración con el sabio cubano CARLOS J. FINLAY, las que llevaron a cabo con una constancia y entusiasmo que nos cautiva aun hoy día. De FINLAY surgió la luminosa idea del descubrimiento genial del agente transmisor de aquel morbo: el mosquito *Stegomyia*; pero DELGADO fué el artífice de esa aventura, porque le ayudó y animó

a proseguir su obra redentora, que le abriera las puertas de la inmortalidad. Muchos trabajos sobre el tífus icteroides llevan conjuntamente la firma de ambos autores, y FINLAY, en todo momento, tuvo frases cariñosas y encomiásticas para su «leal amigo y escrupuloso observador». Quiso que de la gloria que le aureolaba participase en la misma medida su amigo del alma el doctor DELGADO; pero la pasión dominante frenó y pretendió gemar el prestigio universal de nuestro compatriota.

CLAUDIO DELGADO fué agasajado por numerosas instituciones isleñas y por varias del extranjero, y, en nuestro afán de dar a conocer la amplitud de los servicios prestados en Cuba, necesarios para mejor valorar su señera e indiscutible personalidad, damos seguidamente una relación de los cargos por él desempeñados.

En el año 1876 fué nombrado director del Hospital de Higiene, antigua Casa-quinta de San Antonio; siendo nuevamente reelegido en 1887 por su meritoria labor al frente de aquella institución y por haber redactado una Memoria reorganizando la higiene pública, en lo concerniente al pavoroso problema que la prostitución presentaba en La Habana en aquella época, por la que recibió de la Junta Superior de Sanidad Pública los más encendidos elogios. Allí fundó DELGADO la primera escuela quirúrgica cubana, a partir de la cual esta rama del arte médico adquirió inusitado impulso.

En 1885 se le nombró, por unanimidad, académico de la Real de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, y vocal trienal de la Casa de Beneficencia y Maternidad, cargo en el que fué reelegido por espacio de quince años, y en cuya institución volcó abundantemente su generosidad, altruismo y sacrificio en pro de los niños allí asilados. Por su magna obra en pro de este establecimiento, se le otorgó el cargo de vocal perpetuo, saliendo triunfante su propuesta, a pesar de presentarse como candidato el mayor general Máximo Gómez y Báez, figura principalísima de la independencia cubana.

En 1911 se le galardonó por la Real Academia de Ciencias Médicas con la honorable y grata investidura de académico de mérito, la más alta distinción que otorga la docta Corporación a los miembros más destacados.

Fué asimismo el doctor CLAUDIO DELGADO secretario de la Sociedad de Estudios Clínicos, miembro de la Comisión de Saneamiento de La Habana, vocal de la Asociación de Socorros Mutuos de Médicos de esta provincia, vocal de la Junta Directiva de la Sociedad de Higiene, archivero y bibliotecario de la Sociedad Antropológica, socio de número de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, vocal de la Junta facultativa del Liceo de La Habana, vocal facultativo de la Casa Vascongada y del Centro Asturiano, participó en varios Congresos nacionales e internacionales, formó parte de numerosos tribunales de oposiciones y presidió no pocos, etc., etc.

Y aquí interrumpimos, querido lector, la glosa de la obra de nuestro compatriota, porque estimamos que lo que antecede es suficiente para entrever la magna personalidad de CLAUDIO DELGADO, de éste hombre que injustamente ha sido olvidado durante muchos años, pero que ahora la justicia de Dios, en manos de los hombres, empieza a levantar el silencioso manto, y poco a poco, pero con paso firme y seguro, llegaremos a gozar de su apoteosis gloriosa.

Repetimos que el camino, la pauta, nos la ha dado nuestro Caudillo. ¡Seguid el ejemplo, hombres de ciencia de estirpe hispana, y sumaros incondicionalmente a la reivindicación solemne de aquel compatriota nuestro que, allende los mares trabajó y luchó por el engrandecimiento de España!